

siste para las heridas incurables del corazón;—la simpatía.

Ayer el conde Orloff, comandante de la escuadra y del ejército rusos, y embajador extraordinario del emperador de Rusia, cerca de la Puerta, celebró su triunfo y su partida con una función militar dada al sultán en el Bósforo. Los jardines de la embajada de Rusia, en Buyukderé, cubren las faldas de una montaña que cierra el golfo y cuyo pié baña el mar; desde las azoteas del palacio se disfruta la vista del Bósforo en su doble corriente hácia Constantinopla y hácia el mar Negro. Todo el día la artillería de la escuadra rusa, surta al pié de los jardines delante de nuestras ventanas, ha estado haciendo salvas de minuto en minuto, y sus mástiles empavesados se han confundido con la verdura de los grandes árboles de ambas orillas: desde el amanecer, ha cubierto el mar una innumerable muchedumbre de barcos y de caiques en que salían de Constantinopla quince ó veinte mil espectadores, que pronto se esparramaron por los kioskos, los prados y los montes circunvecinos: muchos se quedaron en los caiques, que llenos de mugeres judías, turcas y armenias, vestidas de brillantes colores, circulaban por el mar como ramilletes de flores. El campamento de los rusos, situado en las vertientes de la montaña del Gigante, à media legua de la escuadra, se destaca con sus tiendas

blancas y azules sobre la sombría verdura y las abrasadas laderas de la montaña. Por la noche, los jardines de la embajada rusa estaban iluminados con millares de candilejas pendientes de todas las ramas; los navíos iluminados también en todos los mástiles, en todas las vergas, en todas las jarcias, parecían buques de fuego cuyas baterías hacían estallar un incendio. Sus costados vomitaban torrentes de relámpagos, y el campamento de las tropas de desembarco, iluminado por grandes fogatas encendidas en todos los cabos y en todos los montes de la costa de Asia, se reflejaba en luminosos regueros en el mar y proyectaba las llamadas de un incendio en toda la inmensa superficie del Bósforo, mientras llegaba el Gran-Señor, en medio de aquella esplendente noche, en un barco de vapor, é iba á situarse bajo las azoteas del palacio de Rusia, para gozar del espectáculo que se le preparaba. Véasele en el puente de su buque, rodeado de su visir y de sus bajás favoritos; él se quedó à bordo y envió al gran visir á asistir à la cena del conde Orloff. Inmensas mesas, dispuestas bajo las largas calles de plátanos, y otras mesas escondidas en todos los espejillos de los jardines, estaban cubiertas de oro y plata que repercutaban las luces de los árboles iluminados. En la hora mas sombría de la noche, un poco ántes de salir la luna, se alza en los aires y discurre sobre las olas un gran fuego artificial preparado sobre bal-

sas, en medio del Bósforo, á igual distancia de las tres orillas; y tiñe de una sangrienta claridad las montañas, la escuadra y aquella innumerable muchedumbre de espectadores, cuyos caiques cubrían el mar. Nunca he presenciado mas hermoso espectáculo; parecia que se rasgaba la bóveda de la noche y dejaba ver un mundo encantado, con elementos, montañas, mares y cielos de una forma y de un color desconocidos, y millares de sombras vaporosas y fugitivas flotando sobre olas de luz y fuego. Luego todo quedo sepultado en silencio y tinieblas; las candilejas apagadas como al soplo del viento, desaparecieron de todas las vergas, de todas las troneras de los navíos, y la luna, saliendo de un valle entre las cimas de dos montes, vino á derramar su luz mas templada sobre el mar, y á destacar sobre un fondo de perlas las enormes moles negras, y los espectros disecados de los palos, de las vergas y de los obenques de los navíos. El sultan se volvió á su palacio en su ligero barco de vapor, cuya columna de humo arrastraba sobre el mar, y se desvaneció en silencio como una sombra que hubiera ido á asistir á la ruina de un imperio.

No recordaba aquella escena á Sardanápalo iluminado con los resplandores de su hoguera los despojos de su trono derruido; aquello era el asesinato de su imperio agonizante, precisado á pedir á sus enemigos apoyo y proteccion contra un esclavo rebelde y asistiendo a la gloria de aquellos y a su pro-

pia humillacion. ¿Qué podian pensar los graves y fieles osmanlis que veian los fulgores del campamento de los bárbaros cristianos y las luminarias de su regocijo resplandecer sobre las montañas sagradas de Asia, sobre las mezquitas y hasta sobre las murallas de los antiguos serrallos? ¿Qué pensaba el mismo Mahmud bajo la afectada sonrisa de sus labios?

¿Qué serpiente le devora el corazon? ¡Ah! habia en aquello algo que era profundamente triste, algo que partia el corazon para él, y que, en mi concepto, hubiera debido bastar para suscitar en su alma el heroismo por medio del remordimiento.

Y tambien habia algo que era profundamente consolador para el pensamiento del filósofo que reconoce á la Providencia y ama á los hombres, en contemplar esa irresistible fuerza del tiempo y de las cosas que hacia caer desmoronado un imperio inmenso, obstáculo á la civilizacion de la mitad del Oriente, y llevaba paso á paso, á aquellos hermosos paisajes, razas de hombres mas activos, dominaciones mas humanas y religiones mas progresivas.

Julio.

Hoy he comido en casa del baron de Sturmer, con el príncipe real de Baviera, que vuelve de Grecia y se detiene algunos dias en Constantinopla. Este jóven príncipe, sediento de instruccion, y bastante sensato para olvidar en la apariencia el trono que le espera, solicita la conversacion de los hombres que no tienen interes en adularle y se forma escuchàndolos:—él por su parte se esplica perfectamente.

—El rey mi hermano (1), me dijo, está indeciso aun en la eleccion de su capital, y deseo saber su opinion de vd.

—La capital de la Grecia, le respondí, está designada por la naturaleza misma, del suceso que ha reconstruido á la Grecia.

—La Grecia es una resurreccion; cuando se resucita, es preciso renacer con la misma forma y el mismo nombre, con una completa individualidad. Atenas con sus ruinas y sus recuerdos, es la señal de reconocimiento de la Grecia; preciso es, pues, que

(1) Oton I, rey de Grecia, hijo segundo del rey de Baviera.
—N. del T.

renazca en Atenas, ó nunca será mas que lo que es hoy,—una pobre tribu diseminada en los riscos del Peloponeso y de las Islas.

Julio

Partida de la escuadra y del ejército ruso. Ya saben ahora el camino, ya han acostumbrado á los turcos à verlos.—El Bósforo queda desierto é inanimado.

Mis caballos árabes llegan por el Asia Menor. Tedmor, el mas hermoso, y el que yo mas queria de todos, ha muerto en Magnesia, casi en el término del camino: los saís le han llorado, y todavia lloran contándome su fin: este noble bruto fué la admiracion de todas las ciudades de la Caramania por donde pasó. Los otros están tan flacos y tan molidos, que necesitarian un mes de descanso para ponerse en estado de hacer el viage de la Turquía, de Europa y de Alemania. Vendo los dos mas hermosos á M. de Boutenief para las caballerizas del emperador de Rusia, y los otros tres à diferentes personas de Constantinopla. Siempre me acordaré con sentimiento de Tedmor y de Saide.

Acabo de ajustarme con unos turcos de Stambul y del arrabal de Eyub, poseores de esos carruages en que van las mugeres por las calles de

Constantinopla; me alquilan cinco *arabas*, tirados cada uno por cuatro caballos, para llevarnos en veinticinco dias de marcha hasta Belgrado, á mi muger y á mí, á M. de Capmas, á mis criados y todo el equipage. Alquilo dos tártaros para dirigir la caravana, y los camellos y machos necesarios, con sus conductores, para llevar las camas, la cocina, los cajones de libros, &c.; y en fin, seis caballos de montar para nosotros, para cuando los caminos no nos permitan viajar en *araba*.

El coste de todos estos caballos y carruages es de sobre cuatro mil francos (diez y seis mil reales). Un escelente intérprete nos acompaña á caballo. Fijamos la partida para el 23 de Julio.

Julio.

Esta madrugada salimos de Constantinopla á las dos; los caballos y los equipages nos aguardaban en el arrabal de Ayub, en una placita, no lejos de una fuente rodeada de plátanos, al lado de un café turco. Se reune mucha gente para vernos salir, pero no experimentamos insulto ni pérdida de ninguna especie:—la probidad es la virtud de las calles; en Turquía es ménos comun en los palacios. Los turcos que están sentados bajo los árboles junto al café, los muchachos que pasan, nos ayudan

á cargar nuestros *arabas* y nuestros machos, y recogen y nos traen los objetos que se caen ó que se nos olvidan.

Nos ponemos en camino al salir el sol, todos á caballo, y subiendo las largas y empinadas calles solitarias que van del arrabal de Eyub á las murallas griegas de Stambul. Pasamos á un cerro pelado y desierto, dominado por un soberbio cuartel: dos batallones del *nysam djerid*, tropas regulares, están haciendo el ejercicio delante del cuartel. M. Ruqui y los jóvenes griegos de su consulado han querido acompañarnos, y allí nos separamos de ellos:—abrazamos á aquel hombre escelente que ha sido para nosotros una Providencia en nuestros dias de aislamiento. En la desesperacion, una amistad de dos meses es como una amistad de largos años. ¡Quiera Dios premiar y consolar los últimos años de este hombre de consuelo! ¡Quién sabe si nos volveremos á ver en la tierra? Partimos para una larga y azarosa peregrinacion; él se queda triste y enfermo, lejos de su esposa y de su patria. En vano quiere ocultarnos sus lágrimas,—y las nuestras mojan sus manos trémulas.

Hacemos alto á tres leguas de Constantinopla, para dejar pasar las horas mas calurosas.—Hemos cruzado un pais cubierto de collados que señorean el mar de Mármara;—pocas casas, diseminadas en los campos;—ningun pueblo.—A las cuatro proseguimos nuestro camino, y siguiendo siempre una

cordillera de cerros bajos, anchos y pelados, llegamos a un pueblecito donde nuestros tártaros, que han tomado la delantera, nos han hecho disponer una casa, perteneciente á una excelente familia griega:—tres mugeres amabilísimas:—niños admirablemente hermosos.—Tienden alfombras y cogines sobre el piso de madera, para que pasemos la noche. Mi cocinero se proporciona arroz, gallinas y verduras en abundancia.—A las tres de la madrugada ya está la caravana en pié.—Unos de mis tártaros sale algunas horas antes. Después del descanso de medio día, en la orilla de una fuente ó á la sombra de algunas ruínas, nuestro tártaro batidor toma mis órdenes, va á galope á la ciudad ó á la aldea donde pensamos hacer noche, y lleva mis cartas del gran visir al bajá, al agá, al *ayam* ó señor del pueblo. Estos eligen la mejor casa griega, armenia ó judía de la poblacion y avisan al dueño que la prepare para unos estrangeros: á ella hacen llevar los forrages necesarios para los treinta y dos caballos de que se compone nuestra caravana, y á veces una buena cena para todos. El *ayam*, acompañado de los principales vecinos y de algunos ginetés, si hay tropas en el pueblo, sale á recibirnos á cierta distancia y nos acompaña á nuestra posada, se apea con nosotros, nos introduce, hace traer pipas y café, y á los pocos momentos se retira con su comitiva. En seguida voy á pagarle su visita.

De Constantinopla á Andrinópolis, nada hallamos notable y pintoresco mas que la inmensa estension de las llanuras sin habitaciones ni árboles, cruzadas de trecho en trecho, por un rio acanalado y medio seco, que pasa bajo los arcos de algun puente arruinado. Por la noche, apenas se halla una mala aldea, en el fondo de algun valle rodeado de huertecillos:—los vecinos son todos griegos, armenios ó búlgaros. Los *kans* de estas aldeas son unos miserables corralones.

Así continúa el camino por espacio de cinco dias sin que encontremos alma viviente: esto parece un desierto de Siria.

Solo una vez nos hallamos en medio de treinta ó cuarenta labradores búlgaros, vestidos como europeos, y con gorros negros de piel de carnero, que van á Constantinopla y caminan al son de dos gaitas. Prorrumpen en gritos al vernos, y se precipitan hácia nosotros pidiéndonos algunas pias-tras: estos infelices son los saboyanos de la Turquía de Europa; suelen emplearse en guardar los caballos del Gran Señor y de los bajás en las dehesas de las aguas dulces de Asia y de Bnyukderé, y son los hortelanos y jardineros de Stambul.

El sexto dia por la mañana vemos á Andrinópolis en el remate de estas llanuras, en una hermosa hondonada entre dos montañas. La ciudad parece inmensa y la señorea su hermosa mezquita, que

es el mas bello monumento religioso de la Turquía despues de Santa Sofia; construyóle Bayaceto en los tiempos en que Andrinópolis era la capital del imperio. Los campos, dos leguas antes de la ciudad, están sembrados de trigo, viñas, y toda especie de árboles frutales; numerosos arroyos serpentean por el llano. Entramos en un largo arrabal, atravesamos la ciudad en medio de una muchedumbre de turcos, de mugeres y de muchachos que se agolpan para vernos; pero que, lejos de importunarnos, nos manifiestan suma atencion y respeto. Las personas que han salido á recibirnos nos conducen á la puerta de una hermosa casa, perteneciente al señor Vernazza, cónsul de Cerdeña en Andrinópolis.

Pasamos dos dias en Andrinópolis en la deliciosa casa de este cónsul. Su familia está algunas leguas de aquí, en las orillas del rio Maritza (el Ebro de los antiguos):—hechicera vista de Andrinópolis, por la tarde desde la azotea del señor Vernazza. Tres rios riegan la ciudad, que es bastante grande,— el Ebro, el Arda y el Tundicha, y por todas partes está cercada de bosques y de agua, que limitan hermosas cordilleras.

Visita á la mezquita, edificio parecido á todas las mezquitas; pero mas elevado y espacioso: nuestras artes no han producido nada mas atrevido, mas original, ni de mas efecto que este monumen-

to y su minarete, columna calada de mas de cien pies de cuerpo.

Salimos de Andrinópolis para Filipópolis; el camino atraviesa por desfiladeros y risueñas cañadas llenas de árboles, aunque desiertas, entre las altas cordilleras de los montes del Rodopo y del Hemo:—tres dias de marcha:—graciosas aldeas;—por la tarde, á tres leguas de Filipópolis veo en la llanura una muchedumbre de ginetes turcos, armenios y griegos, que acuden hácia nosotros á galope. Un bizarro mancebo, montado en un soberbio caballo llega primero y me toca con el dedo; luego se pone á mi lado, me habla en italiano, y me esplica que habiéndome él tocado primero debo aceptar su casa, cualesquiera que sean las instancias de los demas para llevarme consigo. En seguida llega el kiaia del gobernador de Filipópolis, me saluda en nombre de su señor, y me dice que el gobernador me ha hecho disponer una casa espaciosa y cómoda y una cena, y que quiere que me detenga algunos dias en la ciudad; pero insisto en aceptar la casa del jóven griego llamado Maurides.

Entramos á Filipópolis en número de sesenta ú ochenta ginetes; las ventanas y las calles están llenas de gente que sale á vernos;—nos reciben la hermana y las tias del señor Maurides:—casa espaciosa y elegante;—hermoso divan con veinticua-

tro ventanas y amueblado á la europea, adonde el gobernador y los principales vecinos de la ciudad vienen á visitarnos y á tomar café. Pasamos tres dias en Filipópolis, disfrutando la admirable hospitalidad de Maurides, recorriendo las cercanías y recibiendo y pagando las visitas de los turcos, los griegos y los armenios.

Filipópolis es una ciudad de treinta mil almas, situada á cuatro jornadas de Andrinópolis y á ocho de Sofía, en la orilla de un rio, sobre un cerro aislado en medio de un ancho y fértil valle: es uno de los mas hermosos asientos naturales de una ciudad que es posible imaginarse; la cima de la montaña está coronada de casas y de jardines, y las calles bajan serpeando circularmente para que no sean tan rápidos los declives, hasta las orillas del rio, que circula al pié de la ciudad y la cerca con un foso de agua corriente; el aspecto de los puentes, de los jardines, de las casas, de los corpulentos árboles que se alzan en las márgenes del rio, de la llanura arbolada que separa al rio de las montañas de la Macedonia, y de esas mismas montañas cuyas laderas están cortadas por torrentes cuya blanca espuma se alcanza á divisar, y salpicadas de aldeas ó de grandes monasterios griegos, hace del jardín de nuestro huésped uno de los puntos de vista mas admirables del mundo; la ciudad está poblada, en igual proporcion, por griegos, armenios, y turcos. Los griegos son en general instruidos y comercian-

tes; los mas acomodados envian á sus hijos á educarse en Hungría, con lo que luego se les hace mas pesada la opresion de los turcos: aspiran por la independencia de sus hermanos de la Morea.

Salimos de Filipópolis, y llegamos en dos dias á una linda ciudad, en una llanura cultivada, llamada *Tatar-Bazargik*, que pertenece, lo mismo que la provincia circunvecina, á una de aquellas grandes familias feudales turcas, de que ecsistian cinco ó seis razas en Asia y en Europa, respetadas por los sultanes. El jóven príncipe que posee y gobierna á *Tatar-Bazargik*, es hijo del antiguo visir Huseim-Bajá. Nos recibe con una hospitalidad caballeresca, nos da una casa recién construída en la orilla de un rio que rodea la ciudad; casa grande, elegante y cómoda, perteneciente á un armenio muy rico:—apenas estamos instalados en ella, cuando vemos llegar quince ó veinte esclavos, cada cual con una bandeja de estaño sobre la cabeza, y que ponen en el suelo á nuestros piés una multitud de arrozadas, de pasteles, de platos de caza y de dulces de toda especie, procedentes de las cocinas del príncipe;—me traen de regalo dos hermosos caballos, que rehuso;—y varias reses para el sustento de mi comitiva.—Al dia siguiente empezamos á ver los Balkans, hermosas montañas cubiertas de árboles, de aldeas, de plantíos, pobladas por los búlgaros. Seguimos todo el dia las

orillas de un torrente que forma numerosos pantanos en la llanura: cuando llegamos al pié del balkan, me encuentro con los principales vecinos árabes de la aldea búlgara de *Jenikeui*, que nos están esperando; cogen las riendas de nuestros caballos, se colocan á derecha é izquierda de nuestros carruages, los sostienen con las manos y con los hombros, los levantan a veces para evitar que vuelquen en la vera de los precipicios, y así llegamos al miserable pueblo donde ya nos han precedido mis tártaros. Las casas, esparcidas por las laderas ó las cimas de dos cerros separados por una barrera, están rodeadas de huertecillos y de prados: todas las montañas están cultivadas en su base, y cubiertas en su cima de hermosos arbolados: las casas son unas verdaderas chozas, cubiertas de retama, ocupamos siete ú ocho, y nuestros camelleros y mozos de mulas se acomodan en los huertos: cada casa no tiene mas que una pieza, sin mas piso que la tierra pelada.—El cansancio y las pesadumbres me ocasionan una furiosa calentura; paso veinte dias tendido sobre una estera en una miserable choza sin ventanas, entre la vida y la muerte. Mi pobre muger pasa quince dias y quince noches sin pegar los ojos junto á mi cama de paja; envia á los pantanos del llano en busca de sanguijuelas, y al fin acaban los búlgaros por encontrarlas; sesenta sanguijuelas aplicadas en la boca del estómago y las sienes disminuyen el peligro:—conozco mi si-

tuacion, y dia y noche pienso en mi muger abandonada si llego á faltarle, á cuatrocientas leguas de todo consuelo, en las montañas de la Macedonia: ¡horas terribles! Llamo á M. de Capmas, y le doy mis últimas instrucciones para el caso de mi muerte; le encargo que me haga enterrar junto á un árbol que ví, al llegar, á la vera del camino, con una sola palabra escrita sobre la losa, superior á todos los consuelos.—Dios.—Al sexto dia de calentura, pasado ya el peligro, oimos un rumor de caballos y armas en el patio; se apean varios ginetes y vemos entrar en la estancia al jóven y amable griego de Filipópolis; el señor Maurides, en compañía de un médico macedon y de varios criados que traen provisiones, muebles y medicamentos. Un tártaro que cruzaba el balkan, de camino para Andrinópolis, se habia parado en el kan de Filipópolis, y habia estendido la voz de que un viagero franco habia caido enfermo y estaba muriéndose en Jenikeui:—esta noticia llegó á oídos del señor Maurides á las diez de la noche;—sospecha que aquel franco puede ser su huésped, envia á llamar á su amigo el médico, reúne sus criados, manda cargar en sus caballos todo lo que su caritativa prevision le hace conceptuar necesario para un enfermo, se pone en camino á media noche, corre sin detenerse, y en dos jornadas llega á traer consuelos y remedios á un desconocido á quien nunca volverá á ver. Este es uno de aquellos rasgos de bondad que re-

frescan el alma, y revelan la generosa naturaleza del hombre en todos los países y en todos los climas. El señor Maurides me halló casi convaleciente, y como sus asuntos le llamaban à Filipópolis, el mismo día se puso de nuevo en camino, dejándome su médico macedon, mozo muy instruido, que habia hecho sus estudios en Semlin, en Hungría; y hablaba en latin. Su saber nos fué inútil; la ternura, la presencia de ánimo y la enérgica resolución de mi muger, habian suplido á todo; pero su compañía nos fué muy grata durante los veinte mortales días que pasamos en Jenikeui, necesarios para acabar de restablecerme.

El príncipe de Tatar-Bazargik, noticioso, desde el primer momento, de mi enfermedad, me dió las mas cordiales pruebas de interes y de hospitalidad. Todos los días me envió carneros y terneras para mis criados, y durante todo el tiempo que me detuve en Jenikeui, cinco ó seis ginetes de su guardia estuvieron constantemente en mi patio, prontos á ejecutar todas mis órdenes. Durante los últimos días de mi convalecencia, me acompañaron en mis paseos á caballo por el magnífico valle y las montañas de las cercanías de Jenikeui: el príncipe me hizo ofrecer hasta esclavos:—un destacamento de su guardia me acompañó, cuando proseguimos nuestro viage, hasta los límites de su gobierno. Allí tuve ocasion de estudiar, en el interior mismo

de las familias, las costumbres de los búlgaros, que son las mismas de nuestros labradores:—estos hombres son sencillos, mansos, laboriosos, llenos de respeto á sus sacerdotes y de celo por su religion, que es la griega.

Los sacerdotes son unos meros labradores, como ellos. Los búlgaros forman una poblacion de muchos millones de hombres, y que aumenta continuamente; viven en grandes aldeas ó pequeñas ciudades separadas de las de los turcos: un turco ó dos comisionados por el bajá ó el ayam recorren todo el año estos pueblos para recaudar las contribuciones; fuera de esto y de algunas cargas, viven en paz y con bastante libertad. Su traje es el de los labradores de Alemania; las casadas y las doncellas se visten con corta diferencia como las serranas suizas; son bonitas, vivas y graciosas. Las costumbres me han parecido puras, aunque las mugeres no van tapadas, como en Turquía, y tratan libremente con los hombres; he visto bailes campestres entre los búlgaros como en nuestras campiñas de Francia;—desprecian y aborrecen á los turcos, están completamente maduros para la independencía, y formarán con los servios, sus vecinos, la base de los futuros estados de la Turquía de Europa. El país que habitan seria en breve un delicioso jardín si la ciega y estúpida opresion, no del gobierno, sino de la administracion tur-

ca, les dejase cultivarlo con alguna mas seguridad:—estos pueblos tienen pasion por la tierra.

Dejo con sentimiento á Jenikeui y á sus honrados y bondadosos labradores: este lugar es una residencia deliciosa para el verano:—todo el pueblo nos acompañó hasta una legua en el interior del Balkan y nos colmó de votos y de bendiciones. En un dia cruzamos el primer Balkan:—quinientos jornaleros trabajando bien en una sola estacion abririan en estas hermosas montañas un magnífico camino real.

En tres dias llegamos á Sofia, ciudad grande situada en un llano que riega un rio, y en que residia un bajá: hizo que saliese á recibirme su kaia y que se me diese la casa de un comerciante griego, en la que pasé un dia entero; el bajá me envió abundantes provisiones y no quiso admitir ningun regalo. El pueblo no tiene nada de particular.

En cuatro jornadas, ya por montañas de fácil paso, ya por valles y llanos admirablemente fértiles, pero despoblados, llegué á la llanura de Nisa, última ciudad turca, casi en las fronteras de la Servia: hacia un sol abrasador; á cosa de una legua de la ciudad, ví alzarse en medio del llano una ancha torre blanca, brillante como mármol de Paros; el sendero que yo seguia, á media hora de marcha delante de la caravana, me conducia á ella, y cuando llegué á su pié, dí mi caballo á un muchacho

turco que me acompañaba, y me tendí á la sombra para dormir un rato; pero no bien me hube echado, cuando levantando los ojos al monumento que me prestaba su sombra, ví que sus tapias, que me habian parecido de mármol o de piedra blanca, estaban formadas con sillares regulares de cráneos humanos. Aquellos cráneos y aquellos rostros de hombres, descarnados y blanqueados por la lluvia y el sol, cimentados con un poco de arena y cal, formaban enteramente el arco triunfal que me cubria;—podria haber de quince á veinte mil; algunas calaveras conservaban todavía mechones de pelo que flotaban como líquen y musgo al soplo del viento; la brisa de las montañas soplabá viva y fresca, y colándose por las innumerables cavidades de los huesos les hacian espedir largos y lastimeros silbos. No tenia yo nadie que me esplicase la significacion de aquel horrible monumento; el muchacho que tenia del freno los dos caballos estaba jugando con los huesos de las calaveras desmoronadas al pié de la torre; yo estaba tan rendido por el cansancio, el calor y el sueño, que me dormí con la cabeza apoyada en aquellas paredes hechas con cabezas cortadas: al despertarme me hallé rodeado de la caravana y de varios ginetes turcos que habian salido de Niza para acompañarnos á la ciudad; por ellos supe que aquellas eran las cabezas de quince mil servios, sacrificados por el bajá en el último levantamiento de la Servia. La llanura en

que nos hallábamos habia sido el campo de muerte de aquellos generosos insurgentes, y aquel monumento era su sepulcro; saludé con los ojos y el corazón las reliquias de aquellos hombres heróicos, cuyas cabezas cortadas son el origen de la independencia de su patria. La Servia, en la que íbamos á entrar, es ahora libre, y el eco que hacia espedir á la torre de los servios muertos por su patria el viento de las montañas, era un canto de libertad y gloria! Pronto poseerán la misma ciudad de Niza, y entónces harán bien en dejar subsistir ese monumento, que enseñará á sus hijos lo que vale la independencia de un pueblo, manifestándole á qué precio la compraron sus padres!

Niza se parece á Sofia y no tiene ningun carácter.—Pasamos un dia en este pueblo.

Pasada Niza, se entra en las hermosas montañas y en el oceano de bosques de la Servia. Estos bosques vírgenes se estienden por todas partes tanto como el horizonte, dejando serpear solamente un ancho camino recién abierto por el príncipe Milosch, gefe independiente de la Servia. Por espacio de seis dias seguimos internándonos en esas magníficas y perpetuas espesuras, sin mas espectáculo que las columnatas sin fin de los altos y enormes troncos de las hayas, las oleadas de hojas mecidas por el viento, y las calles de colinas y de montañas uniformemente cubiertas de sus encinas seculares.

Solo de cinco en cinco, ó de seis en seis leguas, al bajar á algun valle algo mas ancho que los demas, y por donde corre un rio, se ven entre los árboles graciosas aldeas con sus casitas de madera blancas y nuevas, y una iglesita, que se estienden á la orilla del agua, en medio de verdes praderas y melonares. Los vecinos, sentados en divanes de madera delante de sus tiendas, trabajan en diferentes oficios; su fisonomía, aunque afable y bondadosa, tiene algo de septentrional, de enérgico, de altivo, que al instante recuerda un pueblo ya libre y digno de serlo:—en todas partes nos reciben con hospitalidad y respeto; — nos preparan la casa mejor del pueblo;—el cura sale á conservar con nosotros; —ya se empiezan á hallar en las casas algunos muebles de Europa; las mugeres no van tapadas; —se hallan en los prados y en los bosques cuadrillas de mancebos y de muchachos que salen juntos á la labranza y van entonando canciones nacionales que recuerdan el *ranz* de las vacas (1). Estas muchachas llevan una camisa muy ancha que les cubre el pecho y los hombros y un zagalejo corto de lana parda ó colorada; su frescura, su alegría, la limpidez de sus frentes, y de sus ojos las

(1) Bellísimo canto nacional de los pastores suizos, que Rosini ha insertado entre las melodías de su admirable *Guillermo Tell*.—N. del T.

hacen parecerse á las hermosas mugeres de Berna ó de las montañas de Lucerna.

Allí nos abandonan nuestros fieles compañeros de todos los konaks de Turquía; ya no vemos las cigüeñas cuyos anchos nidos, semejantes á cunas de juncos, coronan la cima de todas las mezquitas en la Turquía de Europa y sirven de techo á los minaretes derruidos; todas las tardes, al llegar á las aldeas ó á los kans desiertos, las veíamos rondar de dos en dos al rededor de nuestra tienda; los polluelos, sacando sus largos cuellos fuera del nido como una camada de serpientes, tienden el pico á la madre que, medio suspendida sobre sus anchas alas, les reparte su sustento que trae de los vecinos pantanos; y el padre, cerniéndose inmóvil á una grande altura encima del nido, parece que se recrea en contemplar aquel tierno espectáculo. Estas hermosas aves no son nada hurañas, ántes bien son las centinelas del tejado, como los perros lo son del hogar; viven en paz con las bandadas de tórtolas que en todas partes blanquean las cimas de los kanes y de las mezquitas, y no espantan á las golondrinas. Los turcos por su parte viven en paz con toda la creacion animada é inanimada; árboles, pájaros, perros, todo lo que es obra de Dios lo respetan, estendiendo su caridad hasta esas pobres especies abandonadas ó perseguidas entre nosotros. En todas las calles hay de trecho en trecho jarros llenos de agua para los perros del barrio, y muchas ve-

tes los turcos dejan en su testamento piadosas mandas para que se siga echando trigo á las tórtolas que ellos sustentaban en vida.

2 de Septiembre de 1833.

Esta mañana salimos de las eternas selvas de la Servia que descenden hasta la márgen del Danubio. El punto desde donde se empieza á ver eses rey de los rios es un cerro cubierto de soberbios robles; despues de haberle pasado, descubre uno á sus piés como un vasto lago de una agua azul y trasparente, acanalado entre arbolados y espadañas, y salpicado de verdes islas; siguiendo adelante se ve al rio estenderse á derecha é izquierda, lamiendo primero las altas y escarpadas costas de la Servia, y perdiéndose á la derecha en las llanuras de la Hungría. Las últimas pendientes de bosques que se deslizan hácia el rio son uno de los mas hermosos sitios del universo. Hacemos noche á la orilla del Danubio, en un pueblecito servio.

Al dia siguiente, dejamos de nuevo el rio durante cuatro horas de marcha. El pais, como todos los paises fronterizos, va presentándose árido, inculto, desierto; subimos hácia el Mediodia unos collados estériles desde donde descubrimos en fin, á Belgrado á nuestros piés. Belgrado, ciudad tantac

veces demolida por las bombas, está asentada en una ribera alta del Danubio.

Todo el pueblo está lleno de ruinas; y, semejante á todos los pueblos turcos, baja en estrechas y tortuosas calles hácia el rio. Semlin, primera ciudad de la Hungría, brilla al otro lado del Dánubio con toda la magnificencia de una ciudad de Europa; los campanarios se alzan en frente de los minarettes. Cuando llegamos á Belgrado, y mientras estábamos descansando en una posada, la primera que hemos hallado en Turquía, el príncipe Milosch me envia algunos de sus principales oficiales para convidarme á ir á pasar algunos dias en la fortaleza donde él reside á pocas leguas de Balgrado.— pesisto á sus instancias, y encargo los barcos para pasar el Danubio.

A las cuatro bajamos hácia el rio; en el momento en que íbamos á embarcarnos, veo un grupo de ginetes, vestidos casi á la europea, que acuden galopando hácia la playa;—era el hermano del príncipe Milosch, gefe de los servios, que venia de parte de su hermano á reiterarme sus instancias para que me detuviese con él algunos dias. Siento en extremo no poder aceptar una hospitalidad ofrecida con tan bondadoso empeño, pero mi compañero de viaje, M. de Capmas está gravemente enfermo hace algunos dias, y apenas puede sostenerse á caballo; es urgente para él hallar el sosiego y los recursos

que ofrecerá una ciudad europea, y el auxilio de los médicos de un lazareto. Hablo sobre media hora con el príncipe, que me parece hombre tan instruido como afable y bondadoso; s. ludo en él y en su noble nacion la cercana esperanza de una civilizacion independiente, y pongo por fin el pié en la barca que nos trasporta á Semlin.

La travesía es de una hora: el rio, ancho y profundo, tiene olas como el mar.

Luego se siguen las paredes y los vergeles que rodean á Semlin.

El 3 por la noche entramos en el lazareto, donde tenemos que pasar diez dias: cada uno de nosotros tiene una celdita y un patio con árboles. Despedido á mis tártaros, á mis camelleros y á mis dragomanes que se vuelven á Constantinopla; todos nos besan la mano con tristeza, y yo no puedo separarme sin ternura y gratitud de aquellos hombres sencillos y honrados, de aquellos fieles y generosos servidores que me han guiado, asistido y cuidado como verdaderos hermanos, y que me han probado, en las innumerables vicisitudes de diez y ocho meses de viages en suelo extranjero, que todas las religiones [tienen su divina moral, todas las civilizaciones su virtud, y todos los hombres el sentimiento de lo justo, de lo bueno y de lo bello, grabado con diferentes caracteres en su corazon por la mano de Dios.